



**Memoria y violencia:
guerra, venganza y
Estado en el México
actual**



Memoria y violencia: guerra, venganza y Estado en el México actual

Rafael Pérez-Taylor y Aldrete

Instituto de Investigaciones

Antropológicas-UNAM

rperezTaylor@gmail.com

Resumen

Durante los últimos años México ha vivido y vive una violencia, que ha desbordado a las instituciones y ha provocado daños colaterales en la sociedad, que implementan un estado de incertidumbre en cuanto a la vida cotidiana. Esto quiere decir, que existe un estado de guerra no declarada al interior del país, donde la corrupción, la impunidad y el mal ejercicio de la ley, acompañan al crimen organizado y al estado mismo.

Palabras clave: Fin de las ideologías; violencia de Estado; venganza; cartel; México

Abstract

During the last years Mexico has lived and live a violence that has overwhelmed the institutions and caused collateral damage in society, implementing a state of uncertainty in everyday life. This means that a state of undeclared war within the country, where corruption, impunity and bad practice of law, accompany the organized crime and the state itself.

Keywords: End of ideologies; State violence; revenge; cartel; Mexico

Introducción

Para establecer las condiciones de violencia que existen en México, hemos de pensar en las causas del conflicto y en el papel del estado. Los gobiernos anteriores al de Felipe Calderón fueron “aliados” de comercios ilegales, cuyo tráfico se vuelca sobre EE.UU. Desde este punto de vista oficialista se inicia una contraofensiva contra este tipo de producción, comerciantes y distribuidores. Es decir, se acaba la complacencia por el comercio ilegal; este fin de la “alianza” presupone el inicio de la violencia que llega hasta nuestros días.

En México la razón primordial del estado -mantener la seguridad, la calidad de vida y el equilibrio social- no han sido parte del proyecto nacional, ya que dicho estado entró en un desentendimiento de sus obligaciones fundamentales. Al no existir deberes sino únicamente derechos, el gobierno lleva la privatización de sus obligaciones al extremo para radicalizar



su postura de un gobierno mínimo, con una gran burocracia partidista que sólo ofrece beneficios a sus aliados en una sociedad pauperizada. Si el gobierno es incapaz de gobernar, la historia y la memoria pierden su efectividad a partir de prácticas que conducen al pasado que no debería repetirse.

Decimos frecuentemente que la violencia es “irracional”. Sin embargo no carece de razones; sabe incluso encontrarlas excelentes (...) La misma violencia las olvidará por poco que el objeto inicialmente apuntado permanezca fuera de su alcance y siga provocándola. La violencia insatisfecha busca y acaba siempre por encontrar una víctima de recambio (Girard, 2011, p. 11).

El estado débil se hace partícipe de la violencia. Para acallarla intenta imponer la suya propia, que se instituye en las fuerzas armadas y en una policía atravesada por perpetuadores de dicha violencia. Se inicia una guerra sin enemigo visible: no tiene bandera, ni proyecto político, ni intenta construir un nuevo estado nacional. Sin embargo, controla territorios, cobra impuestos, secuestra y establece regiones de control paramilitar. Estos perpetuadores de la violencia son “ilegales”. Comercian con mercancías fuera de la ley, lo cual les representa fuertes ganancias económicas y control político y paramilitar. El control de la población se convierte en parte estratégica de intercambios simbólicos y materiales, lo que significa la muerte como fin último de transacción. Una muerte que se revierte en escenario cotidiano del control territorial, pues la violencia estalla contra ciudadanos, autoridades y entre los mismos comerciantes por el control del mercado.

El estado nacional: estrategias de un gobierno sin proyecto

¿Qué hizo el estado para desatar esta ola de violencia en México? Desde su argumento el ciudadano común es un criminal en potencia si se le da la oportunidad de serlo; esta tesis, provocativa, permite que el propio estado sostenga que la persona común puede ser un enemigo, a la vez de darle a las fuerzas del estado los argumentos jurídicos para encontrar y castigar a los culpables. El discurso político es encubierto en base a la maldad para poder hacer presente el lugar que tiene en la sociedad, liga que se tambalea ante la opinión pública (se fabrican criminales bajo tortura para que confiesen sus delitos). En ese caso, el



sistema judicial intenta satisfacer las necesidades sociales que le llevarían a buscar la justicia por su propia mano, y la sociedad debe confiar en los buenos criterios institucionales del sistema legal y, con ello, eliminar el deseo de venganza de los sobrevivientes de los victimarios.

El intento legal para determinar el orden institucional se basa en encontrar a quien ha violentado el sistema ordinario de mantener la paz social, pues debe ser castigado para aplacar el instinto de venganza de la sociedad. Bajo este propósito se mueve la legalidad y la aparente fuerza del estado para mantener el orden público. En este contexto, aparece el ordenamiento criminal del doctor César Lombroso (1835-1909), actualizado para el caso mexicano.

Pero cuando estos sujetos¹ no entran en este tipo de ordenamientos, la búsqueda convierte a cualquier ciudadano en sujeto de violación estatal, situación que pone en crisis al sistema en la medida en que las comisiones de derechos humanos empiezan a interferir, lo que sitúa todo el proceso en un vínculo vicioso para salvar al posible victimario. La víctima, así, queda en el olvido circunstancial, sus derechos pasan desapercibidos, y desaparecen, pues el estado no desea hacerse cargo de ellos, a pesar de los esfuerzos para constituir una ley que se ocupe de las víctimas.

Aquí radica la debilidad del estado, puesto que ha dejado de estar al servicio de sus ciudadanos y ha quedado atrapado en el entredicho de hacer justicia, la cual queda bajo el resguardo de los medios masivos de comunicación, cuya manipulación hace aparecer en el acto de la violencia las constantes luchas entre el bien y el mal. Se trata de un pronóstico infundado que sólo cuantifica los muertos a más de 70,000, más de 26,000 desaparecidos, más una cantidad inimaginable de fosas clandestinas.

Los diferentes programas del estado intentan convencer a los delincuentes que dejen ese oficio, pero ¿qué les puede ofrecer el estado?, ¿salarios mínimos?, ¿amnistía? Es evidente que estas no son soluciones viables.

La inseguridad, el miedo y la corrupción se vuelven cotidianas, para convertir la vida en común en un estado de terror para gran cantidad de personas. El terror va acompañado de la barbarie, pero a la vez es una fuente inagotable de recursos económicos para quienes la

¹ “La noción de sujeto, por lo tanto, no puede reducirse a la de individuo. Las cuestiones planteadas por el individuo conciernen a una relación consigo mismo (...) En cambio, las cuestiones planteadas por el sujeto, conciernen a la relación con los demás” (Laplatine, 2010; p. 81.)



ejercen. Bajo esta constante, el estado y sus gobernantes se ven incapaces de dar una solución al problema de la violencia. En el discurso político dicen que se buscarán mejores condiciones de vida para que los ciudadanos no sientan la necesidad de transgredir el orden establecido.

Violencia, estado y sociedad

Guerra, asesinato, masacre, ultraje o violación se convierten en actividades de convergencia, que sirven para darle a la violencia un rostro cargado del horror que conlleva a la finalización de lo humano. Su carga simbólica desembocará en el acto de matar. El hecho puede ocurrir desde el estado nacional o desde pequeños grupos en contra de otras comunidades.

Cuando se aplica la violencia a una comunidad o a un individuo va cargada del temor que se siente al victimario, y así la víctima se siente arrollada, sobre todo si es incapaz de defenderse. Pero al contrario, si está en la posibilidad de la defensa, puede contrarrestar el ataque. Así el agresor infiere que puede existir resistencia de un grupo antagónico, en nuestro caso el estado, la sociedad civil, u otro grupo de comerciantes ilegales. Para ello, la violencia debe recrudecerse en un mensaje simbólico que atemorice. Crear a nivel simbólico inseguridad, produce en el acto de violencia anticipar en la muerte y el no retorno del enemigo, lo cual extrapola una carga inmersa en lo sagrado. La violencia debe contener un espacio de lo sagrado para asegurar en cierta medida la victoria. El nivel del significado queda atrapado en la forma de morir y en el espectáculo que queda para los sobrevivientes, el mensaje queda en la memoria de la violencia como un proceso que implica generación de temor; este vínculo denota en el discurso estrategias que implican en el sistema de creencias el no regreso, pero también arremete en la conciencia de los sobrevivientes, sean enemigos, el estado o la sociedad en general.

El terror produce temporalidades contradictorias que hacen alternar la percepción de la violencia como una interrupción y como una rutina reiterativa a la vez. (La) omnipresencia espacial e identitaria de los verdugos vuelve imposible su designación y por ende la emergencia de un sentido de su violencia. El discurso común designa entonces al responsable como “la violencia”, demiurgo impersonal,



que desindividualiza tanto a los victimarios como a las víctimas. (Losonczy, 2011, p. 136).

Infringir dolor se convierte en causa y efecto. El desmembramiento del cuerpo alimenta el imaginario colectivo de la audiencia, produce el fin de una historia, al tiempo que da una lección. La muerte se convierte en ritual del sacrificio en el cual el sacrificado muestra el fin de su historia y el no retorno. Se dejan los trofeos corporales del vencido para que la sociedad los capitalice en su acto de barbarie ante la presencia del mal. Asistir, ser parte, (re)conocer el cuerpo se convierte en el acto de hacer el mayor daño a la cosmovisión de los sobrevivientes, es la desmedida en la pérdida de sentido y se inicia una espiral de vida-muerte-victimario-víctima-fin de todo lo conocido.

Si la historia termina ante el fin de la vida, la consecuencia inmediata es la diseminación del cuerpo, su inexistencia en la memoria y el rostro que emerge del dolor, la tortura y una muerte lenta, que suplica llegar al fin de los días. Tras esta negación de la existencia, la barbarie con rostro humano deja ver su inhumanidad y su perversión actual, se revierte contra sí mismo en la medida en que el victimario sabe que en algún momento en el futuro correrá la misma suerte.

la víctima es un excedente tomado de la masa de la riqueza útil. Por ello, no puede ser tomada más que para ser consumida sin provecho, es decir, destruida para siempre. Desde el momento en que es elegida, la víctima es la parte maldita, destinada a la consumación violenta. Pero la maldición libera del orden de las cosas, hace reconocible su figura, que desde entonces irradia la intimidad, la angustia, la profundidad de los seres vivos. (Bataille, 1987, p. 96)

La violencia y la muerte se acompañan y son jóvenes criminales quienes intentan demostrar su virilidad y valor para ser dignos hombres cargados de fuerza y poder. Se hace presente la incapacidad del estado por asegurar el bienestar: ante la falla, la violencia; ante la muerte, el simbolismo arcaico de hacer presente el deseo de matar o morir. Esta constante genera la espiral de la venganza llevada a sus extremos. Al romperse el estado natural del orden social, la violencia se desata con más fuerza que nunca, queda suspendida sin poder darle



fin, a lo que se suma la incapacidad estatal: el secuestro y el terror se desbordan sobre los inocentes en la sociedad. El fin del proceso se recrea en un estado superado por sus políticas y la fuerza pública. Se limita a cuantificar muertes mientras interfiere por sus intereses para acabar con el crimen organizado, si bien es plan fallido puesto que desencadenó una mayor violencia entre los nuevos poderes facticos. El estado no supo desvanecer el problema sino que lo acrecentó y con ello la lucha por la hegemonía del narco aumentó. Los territorios se han movido y sus efímeras fronteras hacen ver que existen actualmente otros poderes que controlan el territorio nacional. Al desbordarse la violencia a la vida social, nace una nueva emergencia, la de establecer a partir de criterios autoritarios cuáles son los diferentes frentes que tiene el gobierno. Ante la falta de credibilidad del estado aparecen policías comunitarias y grupos de autodefensa como formas simples que intentan dar tranquilidad a sus pueblos.

Existe un serio problema de ingobernabilidad en ciertas regiones, en las que la falta de credibilidad del estado está presente, además de contemplarse que las fuerzas del orden están infiltradas por el crimen organizado. Esta es la panorámica de un estado sin brújula, que la perdió desde sexenios anteriores, pero que con los gobiernos panistas se exacerbó ante la nulidad de su visión de estado nacional².

En este sentido, el crimen organizado creó formas de emitir mensajes al estado y a la sociedad: “los grupos del crimen organizado usaron los cuerpos y su visibilidad como mensajes para que sus oponentes infirieran su tipo, crueldad, su disposición a llegar hasta donde hiciera falta. Un brutal juego de señales” (Merino y Ayala, Op. Cit., p. 39).

El movimiento que realiza el crimen organizado a través de los sujetos que militan en sus filas hace emerger en la violencia un nuevo proceso de intimidación a nivel simbólico y material. Esta precisión en el mensaje se concretiza en el uso del cuerpo, que debe pasar por la penuria, la degradación y un dolor sin límites bajo la tortura y la mutilación. Este cuerpo se convierte en el objeto de la destrucción, su estructura denota en el discurso el lugar de pertenencia y marca el sello del victimario. Al tiempo le suceden las marcas de los hechos,

² La incidencia de delitos del fuero federal se mantuvo estable de 1997 a 2004, registró un aumento dramático entre 2005 y 2007, y luego tuvo una caída –también a ritmo acelerado– entre 2008 y 2011. En la incidencia de delitos del fuero común se observó una importante disminución de 1997 a 2005, pero hubo un repunte de gran magnitud entre 2006 y 2011 (Guerrero Gutiérrez, 2012, pp. 28-29).



historias que concuerdan con las actividades realizadas y en esta movilidad se describe su historia sujeta al crimen.

En este sentido, el cuerpo debe estar prisionero de su quehacer, es conocido, su nombre denota muerte. Debe ser muerto por sus adversarios y la ritualidad se basa en dar escarmiento a su grupo al tiempo de entablar ese diálogo de amenazas, ataques y diferentes formas de infringir dolor. Es la violencia sostenida de la masacre como una entidad que se materializa a través de pérdidas y sufrimientos.

La carne se convierte en la evidencia del cuerpo y así su separación o desmembramiento actúa como la forma singular de terminar con la vida, pero queda el postulado en el sentido de unificación entre los victimarios en contra de la víctima, se combinan diferentes estructuras por un fin común, la muerte. Es así, que deconstruir un cuerpo adquiere el sentido tribal de un mundo en extinción.

La acción del ejecutor combina la creación simbólica del verdugo y manifiesta una identidad brutal que une al grupo bajo la consigna de quien hace el mayor daño. Lo humano desaparece y en este movimiento la conciencia del símil se desvanece, puesto que la víctima ha caído y ha dejado sus prerrogativas de vida al alcance del ejecutor. Como toda venganza, se circunscribe en su repetición infinita, para intensificar la masacre entre contrarios y darle al estado la simple idea de que va ganando terreno en su estrategia.

Según la estrategia gubernamental, la violencia se vuelve aceptable, justificable, hasta necesaria. El número creciente de homicidios se convierte en prueba de que Felipe Calderón va ganando la guerra cuyo nombre dice desconocer. El aumento de los asesinatos se convierte en validación de una lucha a la cual le ha apostado su presidencia. Más muertos, más éxito. Más interdicciones, más disrupciones. Más capturas de capos, más luchas intestinas entre ellos. La violencia es vendida como un fenómeno coyuntural, que disminuirá cuando los narcotraficantes hayan terminado de matarse entre sí. La violencia es presentada como ingrediente indispensable de una ofensiva militar. (Dresser, 2011, p. 46).



Para mantener su hegemonía el estado, predispone a la violencia, intensifica la muerte, y no interfiere como proyecto militar. Ha propiciado y alentado la violencia de grupos antagónicos para que al final desaparezcan por sí solos. En el ejercicio de la política de estado todo es válido, lo cual irrumpe contra la ética; el derecho a gobernar atenta contra la sociedad misma. Esta política entra en la connotación de un terrorismo de estado, entendido como la capacidad para ejercer el poder contra grupos determinados bajo métodos ilegítimos para inducir miedo entre la población. Entre las prácticas más comunes estarían la coacción, la persecución ilegítima, el secuestro, las desapariciones forzosas, el asesinato o la ejecución extrajudicial.

Partiendo de este punto de vista, la efectividad se materializó en un rotundo fracaso para los intereses del gobierno. El proyecto de violencia entre bandas fracasa, razón por la cual se crea cierta inseguridad internacional, principalmente de los EE.UU., por lo que se hacen necesarias nuevas estrategias.

Con la venia de Felipe Calderón, desde 2010 y hasta mediados de 2012 el Pentágono instruyó a soldados, marinos y policías mexicanos en métodos de espionaje, tortura, ataques sorpresa y secuestro. Personal de esa institución llevó a Afganistán, Guantánamo (Isla de Cuba), Irak, Kuwait y Pakistán a por lo menos tres grupos de las fuerzas de seguridad para que “observaran y aprendieran” las tácticas que utilizan los grupos de operaciones especiales estadounidenses para “ubicar, aniquilar, atrapar, secuestrar e interrogar” a miembros de organizaciones terroristas como AL-Qaeda (Proceso del Comando Norte de Operaciones Especiales, perteneciente al Comando Norte –NORCOM- Cit. por Esquivel, 2013, p. 30).

El cambio de planes en la lucha contra las diferentes bandas del narcotráfico conlleva a generar formas de eliminación de grupos designados como enemigos del orden público, lo que posibilita acciones directas contra el narcotráfico, en una violencia de baja intensidad y focalizada, sin que por ello se incrementen las muertes de inocentes, que serán vistos como daños colaterales. El estado sistematiza y dirige su nueva estrategia de lucha, que le lleva a reformular el armamento vigente por uno más apropiado, lo cual satisface a políticos y



militares porque se está ante una economía de guerra. Así, la violencia se convierte en negocio institucional.

Guerra o Masacre: los matices del lenguaje

Las políticas del estado nacional forman parte de estrategias siniestras que han socavado la credibilidad de las instituciones, muy a pesar de las buenas intenciones de algunos políticos. El poder del estado ha dejado ver la falta de una táctica razonable para terminar con estos acontecimientos violentos, al tiempo de asegurarse cuantiosos dividendos. Más allá de la muerte hay una gran economía que incide en diferentes estructuras de poder. El ejercicio del poder perpetúa inestabilidad en el orden de la sociedad, denota intranquilidad y falta de certidumbre y ese es su aporte al orden del progreso, que se sustenta en la organización de la violencia como su aparato de convergencia entre el *civitas* y sus criminales (Munchnik y Garvie, 2007, p. 15). Se crean frentes de conflicto, se arman estrategias para disipar el problema, pero en este movimiento la muerte se hace presente para dar en cuenta que todo está organizado, que son necesarios penuria y temor.

La sociedad civil se encuentra indefensa, quedando atrapada en la violencia cotidiana. “La guerra solían perpetuarla los soldados regulares; ahora la hacen soldados no regulares. Esta puede ser la razón de por qué resultan tan salvajes las contiendas posmodernas, de por qué los crímenes de guerra y las atrocidades son actualmente intrínsecas al propio desarrollo bélico” (Ignatieff, 1999, p. 11).

El espacio entretejido del sujeto y su representación cohabita en el campo del discurso, en el acto de construir acontecimientos. La guerra se convierte en el escenario, movilizándolo recursos y soldados, para una economía de guerra. Esta posibilita que la sociedad trabaje para soportar los horrores, para la contienda y para sus consecuencias. El costo humano y económico construye una identidad nacionalista.

El estado asume la responsabilidad de ese acto y la muerte, el sufrimiento y los cuerpos se comportan por un fin teleológico; la sociedad se ve invadida por argumentos, prácticas y hechos que le enfrentan con la violencia y la muerte. En este sentido, se desborda un sentido nacionalista que intenta sacudir el mundo moral y ético de sus habitantes. Mientras que si no sucede este acto y, por el contrario, la subversión empieza adentro de la propia



sociedad, sin ningún tipo de proyecto político y con una única prerrogativa cual es la del enriquecimiento ilícito por sus actividades y el enfrentamiento con el estado nacional. Además, se entra en competencia de mercados con otros grupos similares.

La diversificación de la empresa reta las políticas del estado en la acumulación de capital ilegal; en este caso el cartel tiene que construir cierta logística de supervivencia: grupos con formación militar, infraestructura para hacer frente al estado y a otros competidores, recursos financieros para cualquier tipo de transacción, infiltrar los organismo del estado, y contender para el control de territorios que aseguren la ruta de su mercancía. Finalmente, debe tener niveles colaterales para obtener recursos, prostitución, secuestros, tráfico de personas, venta de órganos, compra y venta de armas y pago de impuestos (pago de piso), entre otras formas de diversificación. Este trabajo exige profesionalización de actividades, pues se necesita entrenamiento, personas dispuestas -asesinos, torturadores, verdugos, abogados, administradores financieros- y espíritu empresarial enmarcado en el capitalismo rabioso.

La violencia fuera del estatuto de la guerra deriva en formas contractuales de ejercer el control de un territorio dado, alternando con el poder de las fuerzas armadas. Los mercaderes de la muerte, los sicarios o victimarios se hacen presente en el noreste de México o en cualquier otro sitio donde sea necesario ante la incapacidad de la federación por pararlos.

El viernes 23 de diciembre diez cuerpos decapitados de presuntos Zetas con un narco mensaje fueron abandonados sobre la carretera que cruza Tampico Alto. Según los lugareños, habían sido levantados (...) y posteriormente asesinados por sus rivales del cártel del Golfo (...) La huida del turismo del norte de Veracruz registra desde hace dos años una situación de inseguridad y violencia que se hizo más visible en la última semana. La decapitación de los 10 presuntos Zetas desencadenó una nueva matanza: dos días después aparecieron 13 cuerpos más con una manta en la que se les calificaba de “golfas”. Los cadáveres fueron abandonados en el interior de un camión (...) a pesar de que en la ciudad pululan cientos de militares (Cedillo, 2012, p. 14-15).



La lucha intestina por el control de territorios en el noreste del país no difiere del resto de México y de otros lugares en el mundo. La disputa entre carteles deja manifiesta la masacre entre bandas, el municipio se convierte en el observador-participativo de estos eventos y sin poder acabar con esta violencia intenta programas de resguardo para intentar mantener el control del lugar. Su ineffectividad únicamente puede validarse por la presencia militar en la zona, aunque no sirva de mucho. Víctimas y victimarios son parte del paisaje.

El terror se convierte en cotidiano y el sujeto vierte su sangre para que se sepa que existe el antagonismo entre diferentes partes. La sociedad intenta no ser participe, se esconde, y el gobierno local es sobrepasado. Las fuerzas armadas, sin una estrategia posible, repelen e intentan sofocar el fuego con más fuego. Sin proyecto de nación, la violencia encabeza el número de muertos y las instituciones se conforman con cuantificarlos. La barbarie ha ocupado el lugar del saber, mientras la ignorancia se llena con el neoliberalismo como forma de vivir. Su falta de claridad empujan a la vida en común por el camino de la violencia y el resentimiento, la venganza y la falta de políticos comprometidos con las sociedades que gobiernan terminan por abandonar los rumbos de la paz social. El desorden aparece impulsando la violencia para generar una nueva continuidad, la de una violencia enraizada en la cultura, o mejor dicho en la creación de una cultura de la violencia, para convertir el cotidiano en un campo de batalla.

Nuevas costumbres tienden a convertirse en las prácticas y en los hábitos del dinero fácil, para invocar a la violencia como forma de vida. Sin alternativa clara, la vida se convierte de raíz en el escenario del horror para que desaparezca de la vida el sentido de pervivencia. “La violencia (de la guerra) no consiste tanto en lastimar y aniquilar personas como en irrumpir su continuidad” (Hillman, 2010, p. 41).

Conclusiones

El estado en el cual se construyen los diferentes antagonismos, se sucede en la acción de la existencia del enemigo, que se representa en su perspectiva ideológica y comercial de productos ilícitos. Se lucha contra alguien que va contra los intereses del estado nacional al



cual se pertenece (Ignatieff, Op. Cit., p. 163). La terminación de una noción de estado que convoque el final ideológico, deja sin prerrogativas a quien delinque. No hay negociación, el enemigo se desdibuja, desaparece de la escena geopolítica y de su representación nacionalista. Queda únicamente la violencia infringida y venidera. Al desvanecerse, el enemigo debe elaborar una posibilidad retórica y pragmática en un sistema de creencias y valores. Bajo este ensamblaje pseudo-religioso emerge como un contrincante potencial que lucha por controlar mercados y territorios, estableciendo una dicotomía civilizado/salvaje, que ayuda a concatenar desde el proyecto del estado la negación virtual de la humanidad del narcotraficante y su maldad.

El estado vuelca su hegemonía en el apartado de la civilización, se abandera bajo la ley, las instituciones y las políticas de estado, muestra a sus gobernados el quehacer de su ejercicio, o por lo menos lo intenta en el discurso; mientras en sus prácticas impone su alejamiento de las bases sociales, nuevos modelos de estratificación social basados en programas del FMI y del BM, sacrificando a sus gobernados para privilegiar al capitalismo internacional. En este abandono de sus obligaciones elementales nace la incertidumbre, el resentimiento, el racismo, el aumento de la pobreza, quedando la riqueza en manos de algunos portavoces del capitalismo actual, germen que impulsa sectores de la sociedad a integrarse al narcotráfico y sus violencias.

La inserción del estado en programas internacionales le favorece para verse entre los civilizados, como parte de compromisos bilaterales que nos ubican, a pesar de la guerra, en el terreno de la seguridad financiera. Estar dentro del sistema internacional convoca al mismo estado a disolver cualquier diálogo social, para aceptar las condiciones de los centros de poder financiero, político y administrativo del poder: es decir, el estado debe ir más allá de las ideologías. Un estado moderno, en este sentido, es totalmente pragmático en sus acciones.

El siglo XXI es el siglo sin ideologías, a diferencia del anterior. Sin embargo, esta carencia establece también el fin de la ética marcadora de límites de la acción política. Es decir, al no existir la ideología, tampoco existe la política como la acción que denota en el discurso y en las prácticas el bien común de la sociedad. Sin esta finalidad, el encuentro con la realidad se realiza sin mediación en el ejercicio de un poder cuasi supremo, siendo la ley



del más fuerte la que vuelve a imperar. Con ello se corre el riesgo de acceder a una unicidad del poder que favorece el desvanecimiento de acciones discursivas que debiliten posicionamientos entre derechas e izquierdas, y así las alianzas coyunturales sirven únicamente para mantener el ejercicio del poder -lo que equivale a decir el partido.

Se rompe el diálogo y se pierde la reflexividad que debiera existir en el acto de hacer política. Las leyes se desmoronan al no tener conciencia social. Sin discusión profunda se impone la sinrazón en favor del gobernante que ha olvidado el sentir de la sociedad. Se imponen violencias integradas en la nueva organización del estado, para asegurarse que el pasado tiene sus recompensas, puesto que el pragmatismo ha triunfado sobre las ideologías políticas y con ello todo pasado puede ser aprovechado en beneficio del presente.

El peso del pasado tiene sus ventajas en las acciones de la unicidad, sobre todo cuando las injusticias se convierten en argumentos retóricos de las cuales sacar ventaja en este presente vivido. El estado habla y dialoga con sus ciudadanos, indicándoles en sus programas el fin de la violencia, el fin de las desigualdades y del hambre, se enaltecen declarando acerca de los tiempos que están por venir, a la vez de filtrar como un efecto secundario el peso de la violencia del narco.

Referencias Bibliográficas

Bataille, Georges; *La parte maldita*; Editorial Icaria; Barcelona; 1987.

Bruneteau, Bernard; *El siglo de los genocidios*; Alianza Editorial; Madrid; 2009.

Cedillo, Juan Alberto; “La batalla por la Huasteca”; en *Proceso* núm. 1835; México; 1 de enero de 2012.

Cervantes, Jesusa; “La gloria...y el poder”; *Proceso* núm. 1897; México; 10 de marzo de 2013.

Dresser Denise; *Violencia: ¿por qué y para qué?* en *Proceso* no. 1786; México; 23 de enero de 2011.

Droit, Roger-Pol; *Généalogie des barbares*; Odile Jacob; Paris; 2007.

Ehrenreich, Barbara; *Blood Rites. Origins and History of Passions of War*; Metropolitan Books, Henry Holt and Company; USA; 2000.

Esquivel, Jesús J.; “Washington aprieta su estrategia intervencionista”; *Proceso* num.1890; México; 20 de enero de 2013.



Galindo Magdalena; “los datos del INEGI, el verdadero Informe de Gobierno”; Siempre; México; agosto, 2011.

Girard, René; *La violence et le sacré*; Librairie Arthème Fayard/Pluriel; Paris; 2011.

Goldhagen, Daniel Jonah; *Peor que la guerra*; Ediciones Taurus; México; 2011.

Guerrero Gutiérrez, Eduardo; “La estrategia fallida” en *Nexos*, núm. 420; La guerra de los seis años; México; diciembre 2012.

Hillman, James *Un terrible amor por la guerra*; Editorial Sexto Piso; Madrid; 2010.

Ignatieff, Michael; *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*; Editorial Taurus; Madrid; 1999.

Laplatine, Francois; *El sujeto, ensayo de antropología política*; edicions bellaterra; Barcelona; 2010.

Muchembled, Robert; *Une Histoire de la violence*; Éditions du Seuil; Paris; 2008.

Munchnik, Daniel y Garvie Alejandro; *El derrumbe del humanismo. Guerra, maldad y violencia en los tiempos modernos*; Edhasa Editorial; Barcelona; 2007

Merino, José y Gómez Ayala, Víctor; “Cuerpos sin nombre”; en *Nexos* Núm. 420; La guerra de seis años; México; diciembre; 2012.

Losonczy, Anne-Marie; “Violencia social de la muerte en Colombia”; *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento. Colombia: memoria y significación política de la violencia* núm. 230; Barcelona; 2011.